

LA GARDUÑA DE SEVILLA,

Y ANZUELO DE LAS BOLSAS,

POR ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO.

CAPITULO PRIMERO.

Cuéntase quiénes fueron los padres de la Garduña, cuyo nombre propio era Ruina, y su educación.

Es la garduña, llamada así vulgarmente, un animal que, según escriben los naturales, es su inclinación hacer daño hurtando, y esto es siempre de noche; es poco mayor que huron, ligero y astuto; sus hurtos son de gallinas; donde anda no hay gallinero seguro, tapia alta ni puerta cerrada, porque por cualquier resquicio halla por donde entrar.

El asunto de este libro es llamar á una mujer Garduña, por haber nacido con la inclinación de este animal, de quien hemos tratado; fué moza libre y liviana, hija de padres que, cuando le faltaron á su crianza, eran de tales costumbres que no enmendaran las depravadas que su hija tenía; salió muy conforme á sus progenitores, con inclinación traviesa, con libertad demasiada y con despejo atrevido. Corrió en su juventud con desenfadada osadía, dada á tan proterva inclinación, que no había bolsa reclusa, ni caudal guardado contra las gonzas de sus cautelas y llaves maestras de sus astucias. Sirva pues de advertimiento á los lectores esta pintura al vivo de lo que con algunas de este jaez sucede, que de todas hago un compuesto, para que los fáciles se abstengan, los arrojados escarmienten, y los descuidados estén advertidos, pues cosas como las que escribo no son fingidas de la idea, sino muy contingentes en estos tiempos; y con esto daré principio al asunto.

Dejamos en las aventuras del bachiller Trapaza á este personaje en galeras; la causa fué haberse puesto un hábito de Christus, sin preceder las bastantes pruebas con que le da su majestad por su consejo supremo de Portugal; no fué con mas intento de pasar en la corte con estimación de caballero, y ser esto capa para mayores insultos, que hiciera, si unos averiguados celos de Estefanía, su dama, no le pusieran á servir sin sueldo al gran monarca de las Españas, siendo bogavante en sus ga-

leras, donde estuvo todo el tiempo á que fué condenado y aun algo mas.

A este paraje fué en la cadena que sale de los galeotes de la imperial ciudad de Toledo cada año, provision que da el recto juzgado de cristianos ministros de su majestad á diferentes escuadras que tiene para defensa y guarda de sus costas, con que atemorizan á los enemigos corsarios que andan robando por los piélagos de Neptuno. Tocóle á Hernando Trapaza, padre de la heroína de nuestro asunto, ir en la escuadra de España, y así acompañó á la forzada caterva, conducido al puerto de Santa María. Lastimado iba de no haberse logrado un intento piadoso para sí, que fué el haber solicitado su soltura con limas sordas, y á conseguirle con los de su facción no librara bien la señora Estefanía, autora de su desdicha. Bien diferente intento tenía esta celosa dama, pues apenas supo su partida á tan penoso ejercicio, cuando se arrepintió muy de veras de haber sido causa de su trabajo; y aunque no era muy ajustada, todavía el gusanillo de la conciencia le comenzó á labrar las entrañas, de modo que la pareció no satisfacía este daño con menos que casarse con Trapaza, pues tenía una hija de él, acabado el tiempo de ser galeote. Con esto determinó á dejar la corte, yéndose á Sevilla, porque desde aquella gran ciudad determinaba saber nuevas del que deseaba ver ya libre de aquella vida insufrible, que pintara yo lo mas sucinto que pudiera, á no haber otros ingenios ocupado la pluma en esto con mucha gala y erudición.

Estaba Estefanía bien puesta de hacienda, que la había dejado rica su genovés marido, y como tal se portaba en Madrid, donde ya había caído su opinión, viniendo á saberse que por celos de un embustero le había enviado á galeras, y entre sus amigas se murmuraba que hubiese tenido tan bajos pensamientos, que los pusiese en querer á un embaucador. Esto la obligó á dejar á Madrid é irse á Sevilla; púsole por obra, haciendo almoneda de sus alhajas, digo de las que son de mas embarazo para camino tan largo, como eran bufetes, es-

critorios y cuadros grandes de pintura, que los tenía muy buenos y en abundancia, de que hizo muy buen dinero, con lo cual y dos criadas que le acompañaron, tomó un coche por su cuenta, y en él llegó á aquella ciudad, célebre depósito de la riqueza del occidente: allí tomó casa á su gusto, y aguardó todo el tiempo que faltaba á Trapaza para acabar sus galeras, con quien tuvo buena cuenta la piadosa Estefanía. Acabado, supo que las galeras de España estaban en el puerto de Santa María, y dispúsose á ir allá, no en el porte con que andaba en Sevilla, sino en otro mas humilde, porque no se dijese en ningún tiempo que con autoridad de persona había sido mujer de galeote, ó por lo menos quien le fué á sacar de galeras.

Supo luego que su penante estaba entre la chusma de la capitana, muy bueno, ocupado en el oficio de espalder, que es el preeminente de los forzados, con que lo excusan del ejercicio penoso del bogar; esto había alcanzado por su buen humor del general, y á no ocupar este puesto, estaba tan conaturalizado ya con aquella marítima estancia, que fuera, acabado el tiempo, buena boyá; mas todo se remedió con la venida de la señora Estefanía, que trató luego de que se le diese libertad, hablando con las personas que les toca el darla y granjeándoles con dineros; esto sin saberlo Trapaza, porque aun no le había visto ni él salido de la galera; y así, tuvo á gran novedad cuando lo llegaron á decir que había quien solicitaba su libertad con afición y dineros, no dando en que su Estefanía habría mudado lo severo en afable; concluso todo lo importante para salir Trapaza de bogavante, desherrado y puesto en libertad, sin saber por quién, fué llevado de la galera por el cómitre á la presencia de quien le libraba con mas brevedad que lo fuera si no lo deligenciara, porque es cierto que aunque los forzados acaben su tiempo, siempre hay causas para dilatarse mas, y quien va por cuatro años suele servir cinco y aun seis.

Vióse Hernando Trapaza en la presencia de su Estefanía, quedándose absorto de ver que ella fuese quien solicitó su salida de las galeras con el cuidado y diligencia que le habían significado; ella le recibió en sus brazos, y él pagó aquel cariño con lo mismo, pues fuera villana acción si á quien reconocía su yerro y le enmendaba consacrarlo de aquel trabajo, no le admitiera en su gracia con gusto, olvidando el enojo que de ella tenía; con todo, sentía verla en humildes paños, habiéndola dejado en Madrid en tan lucido adorno; y era que no penetró la cautela con que Estefanía venía allí disfrazada, que no se la pudo revelar por los testigos, que eran el cómitre y escribano de las galeras, los cuales, como no eran nada escrupulosos, mas atribuyeron á amistad aquella que á matrimonio. Ellos fueron convidados á comer de Estefanía, regalándoles bastantemente. Acabada la comida, cada cual se fué á su rancho, y Trapaza y su dama se quedaron en el suyo, que era una buena posada; allí viéndose solos, de nuevo se hicieron mil fiestas, agradeciendo con muchas finezas el galán forzado la piedad á su Estefanía. Ella le dijo que su intento era,

después de sacarle de aquella trabajosa vida, satisfacer el daño que le había hecho con hacerle su esposo, si de ello gustaba, pues se hallaba con una hija suya y bastante hacienda para vivir con descanso, que era la misma con que la dejó en Madrid: aquí Trapaza abrió tanto ojo y vió los cielos abiertos en su amparo, pues cuando fuera menos el que hallara en la piedad de Estefanía, él salía tal de su penitencia, que cualquier pasaje le juzgara tierra de promisión para él. De nuevo pagó en abrazos nuevas tan alegres como oía, y aceptó la oferta y partido de casamiento, deseoso de ver ya á su hija, con lo cual Estefanía le hizo sacar un vestido de camino que le traía prevenido, honesto y no fanfarron, porque no diese motivo á murmuraciones á los de las galeras, juzgando por de mas porte á la hembra y á su galán. Aquella tarde se partieron á Sevilla, donde Trapaza, holgándose con su hija, que era de cinco años, cumplió como cristiano, lo que como gentil no había hasta aquel tiempo, que fué casarse con Estefanía *in facie Ecclesiae*. Mudaron de casa en otros barrios, tratando Estefanía de que su esposo buscarse en Sevilla algún entretenimiento honesto para pasarlo mejor en aquella ciudad, que ya las canas con que escapó de las galeras no le permitían andar en garzonías como antes ni en peligrosas empresas; pero un mal natural difícilmente se enmienda, y mas como el de Trapaza, que era incorregible, y si había vivido hasta allí con quietud había sido por las amonestaciones de su esposa y por verse ya padre de una hija, la cual se criaba con mucho regalo de su madre hasta los ocho años de edad, en que Trapaza no tuvo ocupacion en Sevilla por su negligencia, que no era amigo de mas que asistir en gradas hasta el medio día, y á la tarde ver la comedia. Sentíalo esto su esposa, que ajustada á vivir quieta, olvidó sus travesuras, loca de contento con la hija que tenía, que era hermosísima en extremo.

La ociosidad, fundamento para todo vicio, brindó á Trapaza para que volviese á ejercitar el juego, piélagos donde tantas haciendas y honras se van á pique; comenzó por un entretenimiento, desmandándose de allí á pocos días á mayores excesos, de suerte que, por desquitar pérdidas que no eran considerables, hizo otras de mayor consideracion: faltábanle algunas joyas á Estefanía, con que conoció ser el autor de su pérdida su marido; lloró y riñó todo á un tiempo; propuso Trapaza la enmienda, pero no la hizo; pues en cuatro años que continuó el jugar, ya no había estaca en pared, como dicen: faltando el dinero y llegada la necesidad, era forzoso haber muchos disgustos, que estos vienen á ser los efectos del juego; habíase puesto en astillero de honrado ciudadano Trapaza, desconocido de los tiempos que Sevilla le conoció mas mozo, con las muchas canas que tenía; y en lo que se enmendó fué en no tratar mas de embelecios, como antes, con ofrecerse mil necesidades: bien quisiera que Estefanía tratara de algun verdor, á costa de su opinion, mas veíala tan mujer de bien, que no se lo atrevió á decir, porque ella solo trataba de asistir á su labor y criar su hija, que ya

era de doce años, y la ayudaba, aunque poco inclinada á recogimiento, por ser muy amiga de la ventana. Su madre andaba con tanto disgusto con los desórdenes de Trapaza, que no cuidaba con el amor que á la hija tenía de reprenderla: culpa de muchas madres, que por tener omision en esto, ven por sus casas muchas desdichas.

La pena de verse pobre y con disgusto puso á Estefanía en una cama, donde al cabo de un año la llevó Dios, haciendo lo que debía como cristiana, que donde hay entendimiento se reconocen los yerros pasados y se tiene arrepentimiento de ellos; ella tuvo muy buena muerte, habiéndola Trapaza dado muy mala vida; su entierro fué pobre, no teniendo Trapaza con qué la enterrar como quisiera; sintió mucho su muerte, y entonces conoció bien cuán errado había andado en sus distraimientos, pues con lo que su mujer le trajo de dote podía pasar con descanso; consolábase con su hija, viéndola con tan buena cara, y con el sentimiento de su mujer, no pensaba mas de que por su hermosura hallaría un casamiento, que sería el remedio de los dos; fundamento vano en los que se fían en él, pues en estos tiempos ni la hermosura ni la virtud hallan los empleos cuantiosos; el dinero busca el dinero, y en donde le hay no reparan en que sea una mujer la mas fea del orbe.

Con sus necesidades acudia Trapaza á los garitos, no á jugar, que se hallaba pobre, sino á que le pagasen los haratos que había dado, correspondencia que falta en los tahures, porque nunca atienden á mas que al tiempo que corre; á quien ven con dineros agasajan, y á quien los tuvo y carece de ellos desprecian. Con las ausencias que hacía de su casa Trapaza, comenzó su hija á tener libertad para dejarse ver á la ventana y ser vista; de suerte que á la fama de su hermosura ya frecuentaban la calle muchos pretendientes; bien lo conocía su padre; mas aunque pudiera atajarlo con sus reprehensiones, viéndose necesitado y á su hija hermosa, halló que para reparo de su necesidad no había mas próximo remedio que hallar un novio rico; esto era lo mas honesto que pensaba, dejándole á su hija el libre albedrío para buscársele ella, que entrándose á mayores fondos el pensamiento, quisiera que Rufina, que este era su nombre, fuera una red barredera de las bolsas de la juventud que la festejaba. Templó mejor que lo imaginaba Trapaza, pues entre los penantes halló quien se pagó de la belleza de Rufina con caudal. Tenía la moza su poco de don, heredado de su difunta madre; y cuando no fuera así, ella era tan vana, que se le pusiera por lo poco que cuesta el hacerlo.

CAPITULO II.

Cásase Rufina; burla que la hizo un jóven que la galanteaba, y la muerte de su padre Trapaza.

Paseaba la calle un agente de los negocios de un perulero, hombre de mas crédito que de caudal, acreditado por hombre de verdad en la casa de la contratacion y con alguna hacienda; era de edad de cincuenta

años; este, habiendo sabido cuán poco dote tenía la dama y cuán pobre estaba su padre, la quiso desnuda; que cuando una afición se apodera de un hombre mayor, es muy difícil de despedirla; tanto se aficionó Lorenzo de Sarabia, este era su nombre, de Rufina, que en ocho días que trató de su consorcio se vió dueño y esposo de toda aquella hermosura. Era buena persona, muy amigo de la honra; y así, cargó con mujer y suegro, y llevósela á su casa con este contrapeso, que no era pequeño, sabiendo cuán grande tibur era Trapaza, que en Sevilla se llamaba Hernando de Quiñones. Los primeros días de la boda todos son festivos. Dió Sarabia á su mujer galas, aunque honestas, que como él era de edad, no gustaba de excesos; cosa que sintió Rufina mucho, porque era muy amiga de andar bizarra, y quisiera traer todo cuanto veía en otras mujeres, y esto la hizo no tener mucho amor á su esposo, el que tenía sus puntas de indiano en lo guardoso, y cuidó mas de esto particular, por ver que su suegro era tan gran tibur y hombre perdido; y así, no fiaba el dinero que había en casa, ni aun el gasto de ella, de su mujer, con que á Hernando Trapaza se le marchitaron todas sus esperanzas de pensar que con el casamiento de su hija tendría que jugar de lo que ella poseyese; tanto era lo que el juego le tenía hechizado! Lo que á él asistía y asimismos las ocupaciones de su yerno Sarabia en su ganancia dieron permiso á Rufina para salir todas las mañanas fuera de casa, con achaques de ser esto á unas novenas que hacía para que Dios la diese un hijo: esta era la disculpa para con su marido, y lo cierto de sus salidas era á dejarse ver en la calle de Francos ó en la iglesia mayor. Entre muchos que acudian á estas dos partes frecuentadas de gente á verla era un hijo de vecino de Sevilla, de los mas traviosos mozos de aquella ciudad, poco menos desbaratado que Trapaza, aunque hijo de buenos padres, que muchos, olvidados de su buena sangre, dan en distraídos para aborrecimiento suyo; así era este, el cual se llamaba Roberto. Pues como galantease á nuestra Rufina, y el mozo era de buen talle, ella puso su afición en él correspondiéndole, engañada de la primera informacion que le hizo, diciéndola que era muy rico. Era Rufina codiciosa y creyóle, porque deseaba tener dinero, ya que por la miseria de su esposo ó reclusion de bolsa careciese de él. La primera peticion que le hizo fué un vestido al modo de uno que había visto á una vecina suya, y con esta dádiva le prometió no serle Rufina desagradecida, viéndole en él ejecutada esta fineza. Concedióle la peticion Roberto, y fundó un perro muerto en el mas extraño capricho que se puede imaginar; tenía conocimiento con la señora que tenía el vestido á quien había de imitar el prometido á Rufina, y fué Roberto á su casa y pidiósele prestado, como que era para una comedia que se hacía en un monasterio de monjas; no se lo pudo negar; y dentro de tres días, que fingió tardarse en hacerle, se le ofreció á Rufina envuelto en una toalla de Nápoles, verde, con las cenefas de gasa y seda, de matices labrada; llevósela un criado una mañana al tiempo que su marido estaba fuera de